

revestir por irrisión al Redentor. Su color conviene tanto mas á los hombres consagrados al altar donde se inmola el Cordero sin mancha, cuanto que todos los espíritus bienhechores se representan vestidos de ropas tan blancas como la nieve. En efecto, el sacerdote, por su pureza, debe ser el hermano de los ángeles, y llevar su color.

El *Cingulo*, que se anuda sobre la Alba, es un recuerdo de las ligaduras con que fué atado el divino Hijo de Maria.

El *Manípulo*, especie de estola pequeña, que el oficiante lleva en el brazo izquierdo, reemplaza una servilleta, un mantel que los sacerdotes de los tiempos primitivos se ataban al brazo, cuando querian servir y socorrer á los enfermos. Frecuentemente este lienzo estaba empapado de los sudores y de las lágrimas de los desgraciados. A esto alude el obispo cuando dice al subdiácono al ordenarlo, poniéndole el Manípulo sobre el brazo izquierdo: *Accipe manípulum, per quem resignantur fructus bonorum operum*. Recibid este manípulo, que designa el fruto de las buenas obras.

La *Estola*, que besa el sacerdote como todos los otros ornamentos, antes de ponerla sobre su cuello, le recuerda las humillaciones de Jesucristo llevando su Cruz sobre el camino del Calvario. Ella le advierte la obligación mas estrecha que le impone el sacerdocio, de llevar pacientemente el yugo del Señor, siempre y por siempre, sea que la Providencia lo haga pesado ó ligero.

La *Casulla* (que echo de menos en la antigua forma), representa la vestidura de púrpura con que fué irrisoriamente adornado el Hombre de los dolores, cuando Pilatos lo presentó al pueblo diciéndole: *Ecce homo*. El principal ornamento de la casulla, es la cruz que está bordada ó trazada por los galones de plata, oro ó seda, para que el ministro de Jesucristo no olvide que él tambien tiene una cruz que llevar, y que lo mismo que nuestro divino Modelo, debe en el doloroso camino de la vida dirigir palabras de esperanza y consuelo á los que sufren y lloran.

Tales son las lecciones que dan á los ministros de los altares los ornamentos exteriores de que es preciso que se adornen para el grande y santo sacrificio. Y nosotros, que los vemos salir de la sacristia al santuario, debemos rogar por ellos; porque cuando ellos estén frente á frente de un Dios, cuando tengan en sus manos al Hijo muy amado del Altísimo, se inmolan por nosotros, y nos encomiendan á sus misericordias eternas.

“Supongamos que la misa sea una ceremonia antigua, cuyas plegarias y oraciones se encuentran en los juegos seculares de Horacio, ó en algunas tragedias griegas; ¿cómo podíamos dejar de admirar este diálogo que abre el sacrificio cristiano?

—Me aproximaré al altar de Dios.

—Del Dios, que alegra mi juventud.

—Haced lucir vuestra luz y vuestra verdad; ellas me han conducido á vuestros tabernáculos sobre la santa montaña.

—Me aproximaré al altar de Dios, del Dios que alegra mi juventud.

—Cantaré, ¡oh Señor! vuestras alabanzas en el arpa: ¿pero de dónde le viene á mi alma la tristeza? ¿por qué me perturbas...?

“Este diálogo, es un verdadero poema lirico entre el sacerdote y el catecúmeno. El primero, lleno de años y de esperiencia, ruega por la miseria del hombre, por la cual va á ofrecer el sacrificio; el segundo, lleno de esperanza y de juventud, canta la víctima por quien será rescatado (1).”

“Después viene el *Confiteor*, plegaria admirable por su moralidad. El sacerdote implora la misericordia del Todopoderoso, para el pueblo y para sí mismo.”

“El diálogo vuelve á comenzar.

—¡Escuchad, Señor, mi plegaria!

—Y que mis voces se eleven hasta vos.

“Después sube el sacrificador al altar, se inclina y besa con respeto la piedra que encierra los huesos de los mártires.

“Recuerdo de las catacumbas.

“En este momento el sacerdote se posee de un fuego divino como los profetas de Israel, entona el cántico cantado por los ángeles sobre la cuna del Salvador, y de que oyó una parte Ezequiel en la nube.

“Gloria á Dios en las alturas del cielo, y paz á los hombres de buena voluntad sobre la tierra. Os alabamos, os bendecimos, os adoramos, Rey del cielo, en vuestra inmensa gloria.”

La Epístola sucede al cántico; el amigo del Redentor del mundo, Juan, hace oír palabras llenas de dulzura, donde el sublime Pablo desafia á la muerte, y descubre los misterios de Dios.

Dispuesto ya á leer una lección del Evangelio, el sacerdote se lanza y suplica al Eterno purifique sus labios con las brasas de fuego con que tocó los labios de Isaías. Entonces resuenan en la concurrencia las palabras de Jesucristo: es el juicio de la muger adúltera; es la Samaritana vertiendo el bálsamo sobre las llagas del viajero; ó son los niños bendecidos en su inocencia, ó el hijo pródigo volviendo á la casa paterna. En los tiempos de caballería, todo soldado tiraba de su espada durante la lectura del Evangelio, para atestar que estaba pronto á defenderlo.

“¿Que pueden hacer el sacerdote y la concurrencia después de haber

(1) *Genio del cristianismo* por Chateaubriand.

oido tales palabras? Declarar sin duda que creen firmemente en la existencia de un Dios que deja tales ejemplos sobre la tierra. El símbolo de la fé es entonces cantado en triunfo. La filosofía que se jacta de aplaudir las grandes cosas, habria debido notar que esta es la primera vez que todo un pueblo ha profesado públicamente el dogma de la unidad de Dios. *Credo in unum Deum.*

“Mientras el sacrificador prepara la hostia, para sí, para los vivos, para los muertos, presenta el cáliz: Señor, os ofrecemos la copa de nuestra salud. Bendice el pan y el vino. Venid, Dios Eterno, bendecid este sacrificio. Y lava sus manos.

“Lavaré mis manos entre los inocentes.... ¡Oh, no me hagais acabar mis dias entre aquellos que aman la sangre!”

Recuerdo de las persecuciones.

Estando preparado todo, se vuelve el celebrante al pueblo y le dice:

“Rogad hermanos”

El pueblo responde:

“Que el Señor reciba este sacrificio de vuestras manos para la mayor gloria de su nombre por nosotros y por su Iglesia.

El sacerdote queda un momento en silencio, hasta que de súbito anunciando la eternidad esclama: *Per omnia sæcula sæculorum!*

—¡Llevad vuestros corazones! *Sursum corda.*

—Y mil voces sesponden: *Habemus ad Dominum. Los elevaremos hasta el Señor.*

“El prefacio es cantado con la antigua declamacion musical (*canto llano*), el recitado de la tragedia griega. Las dominaciones, las potestades, las virtudes, los ángeles, y los serafines, son invitados á descender con la gran víctima y á repetir con el coro de fieles, el triple *sanctus* y el *Hosanna eterno!*”

En fin, llega el momento formidable, el *Canon* acaba de abrirse. La consagracion se acaba por las mismas palabras de Jesucristo: Señor, dice el sacerdote inclinándose profundamente, “que la hostia santa os sea agradable, como los dones del justo Abel, como el sacrificio de nuestro patriarca Abraham, como el de nuestro gran sacerdote Melchisedech. Os suplicamos dispongais que estos dones sean llevados á vuestro altar sublime por las manos de vuestro ángel, en presencia de vuestra divina Majestad.”

A estas palabras, el Cordero descende para ser inmolado, y el gran misterio se cumple.

¡Oh solemne momento! Prosternado
El pueblo allí, en silencio religioso.
Ese templo divino, á quien piadoso,
Los pórticos de musgo ha decorado....
El muro secular, iluminado
Por una vaga claridad sombría;
Las góticas vidrieras, y el fanal,
La lámpara sagrada de metal
Que ante el Señor desde lo antiguo ardia,
Cual símbolo de sol y eternidad....!
Un Dios, que ante los hombres, desde el cielo
Se digna descender, y baja al suelo
Cubierto de su gloria y majestad.....!
Las lágrimas, las voces, el incienso
Que sube hasta el altar, y las doncellas,
Que á la materna vista, sus querellas,
En dulce voz, ante el concurso denso
Elevan con su fé, pura, inocente,
Y engrandecen aun mas la gloria eterna
Y de la religion la pompa tierna....
Ese órgano que calla reverente.....
El piadoso silencio, y misteriosa
Esa union invisible de los cielos
Con la tierra infeliz, calamitosa.....
Todo inflama, conmueve y engrandece
La sensacion del hombre, que estasiado
A ese mundo se juzga trasportado,
Que inaccesible á su maldad parece:
Al mundo celestial, do en arpas de oro
Inmortal serafin, el himno canta
A los piés de Jehová, y allí levanta
Esa trova sin fin en tierno coro.
¡Ay! Dios entonces, por do quier presente,
Se esconde al sabio, se revela empero
Al tierno corazon, puro y sincero.....
¡No me es dable explicar lo que se siente!

Nada he querido cambiar á esta rápida y poética descripcion de la misa; la he copiado sin alterar nada de las páginas del *Genio del Cristianismo*, obra que ha hecho un bien inmenso desde su publicacion, demos-

trando á la juventud del dia que podemos sin tener nada de *pequeño*, de *simple* y de *monacal en la inteligencia*, amar, admirar y practicar la religion de nuestros padres (1).

Lo repito: este ha sido un *inmenso servicio* hecho al catolicismo, hace mucho tiempo ultrajado por los pretendidos filósofos del XVIII siglo; y mientras que Chateaubriand reposa en su tumba, á la sombra de la Cruz que ha defendido, tributémosle una justicia que los hombres del santuario no le han otorgado todavía.

Cuando la Iglesia ruega al Señor, reciba el *pan y dé vida y salud*, como recibió los presentes de Abel, los sacrificios de Abraham y de Melchisedech, no trata de comparar un don con otro, porque la Eucaristía es tan superior á todos los sacrificios de la antigua ley, como es distante el cielo de nuestro valle de lágrimas; mas si los sacrificadores con los sacrificadores, los

(1) El autor habla aquí de un sublime trozo de M. Chateaubriand, que acabo de trasladar al castellano, tan solo por el imperioso deber en que me encontraba como traductor, y para que á lo menos el pensamiento se aprovechase por los que no conocen el idioma del divino cantor de Los Mártires; pero faltaria á un deber de conciencia, si no trasladase el original, así para justificar el vacío que dejo, compensándolo á los inteligentes, como porque es difícil presentar un trozo mas bello y sublime en poesía, y creo hacer un servicio á la religion no menos que á la literatura.—EL TRADUCTOR.

O moment solemnel! Ce peuple prosterné,
Ce temple dont la mousse á couvert les portiques,
Ses vieux murs son jour sombre et ses vitraux gothiques,
Cette lampe d'airain qui, dans l'antiquité,
Symbole du soleil et de l'éternité,
Luit devant le Très-Haut, jour et nuit suspendue;
La majesté d'un Dieu parmi nous descendue,
Les pleurs, les vœux, l'encens qui monte vers l'autel,
Et de jeunes vierges, sous l'aëil maternel,
Adoucissant encor, par leur voix innocente,
De la religion la pompe attendrissante;
Cet orgue qui ce tait, ce silence pieux,
L'invisible union de la terre et des cieux,
Tout enflamme, agraudit, ément, l'homme sensible;
Il croit avoir franchi ce monde inaccessible,
Ou sur des harpes d'or, l'immortel seraphin,
Aux pieds de Jéhovah, chante l'hymne sans fin.
Alors, de toutes parts, un Dieu se fait entendre,
Il se cache au savant, se révele au coeur tendre:
Il doit moins se prouver, qu'il ne doit se sentir.

sacerdotes por cuyas manos se hace esta divina ofrenda, con Abel, Abraham y Melchisedech.

Observad bien; aquí no hace mencion de los sacrificios de Aaron, no cita mas que los de tres justos, que en el antiguo testamento han sido por sí mismos y por sus ofrendas, unas figuras de Jesucristo y de su sacrificio, mas espresa que todas las otras. Abel, por su inocencia, por la clase de su muerte, por la fidelidad con que ofreció los primogénitos de su rebaño, ha sido la figura del Cristo inocente, condenado á muerte por la envidia de los judíos (1).

Melchisedech ha sido el símbolo, el emblema del Redentor por la cualidad de sacerdote y de *rey de paz y de justicia*. Entre las figuras que anuncian la venida del Salvador, la de Melchisedech es la mas ilustre (2), y la sola que parece verdaderamente digna de él; no hay mas que leer la epístola á los hebreos, y no se necesitará comentario. Se nos muestra allí de un golpe, en el Génesis, á “Melchisedech, sus padres, su genealogía, y su principio, y sin que se vea el fin (3). No es esto todo lo que tiene, y no podemos por lo mismo caer en el error de aquellos que han pretendido que este fuese un ángel: todavía para creerlo mas, como una figura de Jesucristo, Melchisedech aparece, como “sacrificador del “Dios Altísimo, ofreciendo á Dios pan y vino, y en seguida presentando “á Abraham para bendecirlo,” y en su persona, bendecir como superior, todo el sacerdocio levítico, “recibir el diezmo,” como un homenaje que era debido á la escelencia del sacerdocio, y de recibirlo al mismo tiempo de Leví y Aaron, y de toda la raza sacerdotal, pues que ella estaba en Abraham como en su tronco; y este diezmo no es otra cosa, que el despojo de los reyes vencidos, cuyo derecho parecia no haber sido concedido á Abraham sino para honrar á Melchisedech, “este gran pontífice, este “rey de justicia, este rey de paz, que es la interpretacion de su nombre “y de la ciudad donde él reina.” En toda la continuacion de la historia no se dice una palabra mas de Melchisedech; nada ha faltado allí para este divino ministerio, y de repente, novecientos años despues, David, profetizando al Cristo, que llama “su Señor, sentado á la derecha de “Dios, en grande majestad y poder, enjendrado del seno de Dios, antes “de la aurora, vencedor de los enemigos que están á sus piés, vencedor “de reyes,” le dirije estas palabras con juramento: “Vos sois sacer-

(1) Abel el justo es por su justicia una figura de Jesucristo, que ha ofrecido solo por nosotros un sacrificio agradable al cielo, y ha apaciguado su Padre para con nosotros.—BOSSUET.

(2) Elevaciones sobre los Misterios, por Bossuet.

(3) Hebreos Gen. 18, 19, 20.

“dote Eterno, segun el órden de Melchisedech,” vos no teneis antecesores ni sucesores (1); y nada describe de la promesa dirigida á Leví y Aaron. “Y hé aquí,” concluye San Pablo, “en un nuevo sacerdocio, “un nuevo servicio y una nueva ley (2).”

El sacrificio de Abraham que invoca el sacerdote cristiano, en el momento del Ofertorio, es el grande y admirable sacrificio de obediencia, que el patriarca estuvo pronto á cumplir cuando colocó sobre el altar de la montaña á Isaac, su hijo muy amado.

Cuando despues de las palabras de la consagracion, el Dios del cielo y de la tierra, el Soberano Creador de todas las cosas, el Redentor de los hombres ha descendido y está presente sobre el altar; el sacerdote, faz á faz con él, ruega por el pueblo y por sí mismo; despues, durante el silencio que reina á la Elevacion, espresa á la Divina Víctima que ha amado los hombres hasta el extremo de haber querido morir por ellos en la cruz, todas sus necesidades, todas sus miserias; en su caridad, el sacerdote debe interceder por sus enemigos lo mismo que por sus amigos y prójimos. Su plegaria no debe limitarse á los vivos; debe tambien rogar por las almas de los que fueron, y pedir para ellos un lugar de refrigerio, á causa de las penas que sufren; la *luz*, por las tinieblas en que vaguen; la *paz*, por las agitaciones que prueban, mientras esperan el reposo y las delicias del paraíso.

La admirable plegaria que se eleva despues de mas de dos mil años, en todo el universo cristiano; esta oracion, que solo un Dios puede componer, porque solo pertenecia al Criador conocer esto, de que toda criatura tiene necesidad en este mundo y en el otro; la oracion dominical, no podia menos de entrar en el Santo Sacrificio; así, precede á la comunión del sacerdote....

Despues de haber dividido la hostia en tres partes, el celebrante desea la paz al pueblo fiel por estas palabras: *Pax Domini sit semper vobiscum: la paz del Señor sea siempre con vosotros.* La paz que les dá, no es la del mundo, sino la del Señor; paz con Dios, paz con nosotros mismos, paz con nuestros hermanos.

El sacerdote espresa este deseo teniendo en las manos el Cuerpo del Divino Salvador. Forma entonces la señal de la cruz sobre la Sangre Preciosa para significar: “que es por esta Sangre derramada sobre la “cruz por quien se ha hecho la paz entre Aquel que está en el cielo y el que está sobre la tierra.”

Entretanto, el sacrificador ha dejado caer en el cáliz la porción de

(1) Salm. Cap. IX. 1, 2, 3, 4, 5.

(2) Heb. VII. 22 y sig.

hostia que tenia en la mano. El momento de la comunión se acerca, y para prepararse mejor, invoca por tres veces la misericordia del Cordeiro de Dios, que lleva y que borra los pecados del mundo.

Hasta esta parte de la misa, todas las oraciones, todas las súplicas al Señor, han sido dichas por el sacerdote, y entre él y el pueblo; pero llegado el momento solemne de la Comunión, ya no tiene á la vista mas que sus pecados, y no hace mencion de los de los asistentes. Esto es lo que debe hacer distinguir las plegarias que dicen solo relacion al sacerdote, de aquellas que hace á nombre de los fieles. El ministro de Jesucristo en el altar habla siempre de sí mismo con sentimientos, y en los términos mas llenos de humildad; y de los fieles, con respeto. El se dice, “cargado de pecados sin número, de iniquidades y de crímenes;” mientras que por el contrario, llama á los asistentes, “hijos de la familia de Dios.” Así, la humildad del Divino Maestro, se vuelve á encontrar en su ministro.

“Invocaré el nombre del Señor,” continúa el sacerdote, “llamaré á Dios con mi alma para que sea su sosten y su vida.....” Diciendo estas palabras, toma las dos partes de la hostia, y siempre, mas y mas penetrado de la infinita lejanía que existe entre un pecador y la Santidad misma, proclama altamente su indignidad golpeándose el pecho, y repitiendo tres veces: *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum, sec tantum dic verbo, et sanabitur anima mea.*

Despues de esta triple confesion de su profunda indignidad, hecha con todo el recojimiento de su alma abismada ante la grandeza del ministerio, consume el sacrificador la hostia. En seguida, y despues de algunos instantes y de nuevas plegarias, toma el cáliz de salud, y bebe la Sangre Preciosa.

Así se consuma el gran sacrificio, recordando el del Calvario. Nosotros no hemos podido ver los verdugos, no hemos podido oír el ruido de los martillos, introduciendo los clavos en las manos divinas; los gritos crueles de la muchedumbre deicida no han podido llegar á nuestros oídos, y sin embargo, sobre este altar que rodeamos, la carne del Salvador ha palpitado en la hostia, y su sangre ha caído sobre el cáliz en el pecho del sacerdote, mediador entre el cielo y nosotros.

Así como el sacerdote, segun las diversas solemnidades del año cambia de color en sus vestimentas sagradas, lo mismo la misa, representando siempre el mas grande, el mas santo, el mas adorable de los sacrificios, varia alguna vez de forma y de aspecto. Ella se celebra por nuestros dias y por nuestros dolores, por el adolescente que hace su primera comunión, y por el viejo cargado de años que pasa de esta vida á la otra:

por las bodas y por los entierros; para implorar la ayuda del Dios de los ejércitos antes de la batalla; por el reposo de las almas de los guerreros despues del combate.

¿Qué cosa mas saludable, que cosa mejor para el reposo de la sociedad cristiana, que la misa parroquial del domingo? En esta asamblea de fieles de una misma ciudad, bajo el aspecto puramente humano, hay una gran ventaja en reunirse para un mismo sacrificio y rogar juntos al mismo Dios. Esta misa mayor del domingo, enseña á las familias á conocerse. Tales personas que no se encontrarían jamas, se encuentran allí cada ocho dias bajo las miradas de Aquel, que lee en todos los corazones. Si en el fondo del alma de estos cristianos hay algun sentimiento de rencor ú odio, este odio, este rencor, como malos espíritus, abandonarán el corazon de que se habian apoderado: huirán para no aparecer mas ante el Señor Jesus que lanza los demonios. No lo dudemos pues; muchos hombres que se detestarian toda su vida, aprenden á no aborrecerse, rogando juntos en la misa de su parroquia. Frecuentemente sigue una comida de familia á esta misa oída en comun. ¿En la casa de un Dios de amor, es donde sin duda se aprende á amar mejor!

Cuando ya no estamos bajo el techo en que hemos nacido, cuando nos ha sido preciso pagar á nuestro pais nuestra deuda de soldados, cuando estamos sobre el campo; ¿conoceis alguna cosa que haga latir el corazon, que eleve mas el alma, que una misa militar? ¿Ah! sin duda, el gran sacrificio cristiano es magnifico de ver con todas sus pompas, bajo las bóvedas de nuestras antiguas catedrales; pero hay tambien una mágica, una indecible majestad, cuando el altar del Dios de los ejércitos es elevado sobre los tambores y rodeado de banderas destrozadas por las balas y ennegrecidas por el humo de cien batallas! La voz de los coristas y de los cantores, los sonidos del órgano son admirables, cuando en el perfume del incienso, se elevan en el santuario hasta el Criador de los mundos..... pero, escuchad los ruidos sublimes de los campos, escuchad los clarines y trompetas que rompen el aire y que resuenan á lo lejos..... no es á la matanza á la que llaman, sino á la adoracion! Los tambores atruenan el campo; no es para un rey que pasa; es para un Dios, para SABAOth; que desciende sobre el altar; y estos cañones que truenan, saludan un Dios de paz! Las salvas son para Aquel, que ha mandado á los hombres amarse como hermanos.

¿Oh! vosotros, que teneis en vuestras manos el poder, cuán culpables sois, cuando despues de haber reclutado en nuestros campos esa juventud, que era al mismo tiempo nuestra flor y nuestro orgullo; cuán culpables sois, por haberla despojado de sus piadosas costumbres, por haber-

la desacostumbrado á sus creencias! Entonces, cuando por obedecer á la ley, han abandonado la nativa aldea, estos jóvenes han prometido á sus madres, no avergonzarse jamas de su Dios, y cuando vuelven DE LA BANDERA, no encuentran mas su Dios. Vosotros los habeis repartido minuciosamente cada hora del dia; empero no les habeis marcado una siquiera para llenar los deberes religiosos. ¿Habeis pues creído, que el HONOR, se sostendria mejor con la incredulidad, que con la FE? Vosotros los llevais á todas partes, les permitis *figurar* en un teatro; pero jamas los conducís á la Iglesia..... y si algunos de estos buenos jóvenes van á ella alguna vez á rogar, jamas ven allí á sus gefes.... Aquellos que llevan la espada de Bayardo y de Turena, no guardan la fé de estos héroes..... Nosotros nos acordamos todos, de ese hijo de las cruzadas, de ese valiente oficial, muriendo sobre uno de los campos de batalla de Africa, y pidiendo en vano una cruz, para enviar ante ella su último suspiro á Dios (1).

¿Oh! ¿Lástima dá esa sabiduría que quiere que un ejército tenga el sentimiento del honor, y le apaga el de la religion! Nosotros echamos de menos, desde el fondo de nuestra alma, las *misas militares*; eran demasiado útiles para los soldados y para las gentes de las poblaciones, que gustaban de concurrir allí entre el campesino y el soldado: era un buen lazo para ellos que vosotros habeis roto.

Y sobre nuestros navíos, los Juan Bart, los Duguay-Truin, los Suffren, los Tourville, los Vandreuil de otros dias, tenian para ellos y sus valientes marineros de todas clases las tiernas ceremonias y los dulces consuelos del catolicismo. La misa se celebraba al pié del gran mástil, y cuando á la elevacion aparecian la hostia y el cáliz en las manos alzadas sobre la cabeza del sacerdote, toda la tripulacion prosternada, recojida, adoraba en silencio el Dios á quien habia aprendido á amar bajo el nativo techo; aquel cuya poderosa mano habia ahondado el abismo; aquel cuya voluntad eleva y sumerge las olas; aquel que ha sembrado el firmamento de estrellas, que el piloto consulta para orientarse en sus lejanos y peligrosos viajes.

La voz del sacerdote, la vista de la hostia consagrada, el cáliz de oro, el incienso que se eleva como una pequeña nube sobre el altar, las oraciones recitadas, el sonido de la campanilla de plata, ajitada por el mozo de cámara que sirve de asistente; todas estas cosas han hablado al corazon de los marineros, y les han vuelto lo que la distancia les habia robado.

Ya no son los hombres que viven sobre el mar, entre las alturas de los cielos, y las profundidades del Océano, los que saben orar: tambien des-

(1) El general Caraman.